

## FRANCISCO SUAREZ, «DOCTOR EXIMIO», PEDAGOGO Y EDUCADOR

La actividad docente y educadora de Suárez se extiende desde 1570, en Salamanca, hasta 1615, en la Universidad de Coimbra, es decir, cuarenta y cinco años consecutivos, ejerciéndola en Salamanca, Segovia, Avila, Valladolid, Roma, Alcalá, segunda vez en Salamanca y, finalmente, en Coimbra. Años de actividad intensa y creciente que dejará profunda huella en la Compañía de Jesús, en su prestigio, en la formación de sus jóvenes y en la doctrina y metodología de sus profesores.

En Segovia enseña Filosofía, y, después de ser ordenado sacerdote y hecha la profesión, es nombrado director espiritual y confesor de la comunidad, que constaba de 37 religiosos, en mayoría jóvenes estudiantes, discípulos suyos. Reflexionemos aquí sobre la doble actuación del joven Suárez en Segovia. Primeramente se le encomienda *el Curso de Artes o Curso de Provincia*, lo que demuestra la gran opinión que se tenía de su virtud y de su talento, y lo es también del fruto extraordinario que había tenido el primer ensayo, de 1569-1570, en Salamanca. Sin hacerle pasar antes por la enseñanza de la Gramática y de las Humanidades, costumbre que fué prevaleciendo cada vez más, y cuyo objeto era detectar las cualidades docentes del sujeto, le aplicaban luego al punto a profesar las ciencias superiores, a la edad de veintitrés años, prefiriéndole para ello a profesores, bastantes en número a la sazón, que hubieran tenido la autoridad de los años y de la práctica.

De la madurez intelectual del joven profesor es muestra el tratado que redactó ahora, titulado *De anima*, editado después de su muerte. Su lectura da la impresión general de la madurez, equilibrio y sobriedad que resplandece en ella en medio de una fuerza pasmosa de penetración analítica. Al leerlo se adivinan las dotes didácticas del novel profesor, y entre ellas, la claridad y el sentido de adaptación en la discreción selectiva de las materias. El sentido de la adaptación era para él, ya desde aquellos años, una cualidad que juzgaba indispensable para la enseñanza. El 10 de abril de 1579, escribiendo al General acerca de otro profesor, competente y erudito, que, por faltarle la discreción pedagógica suficiente, tomaba horas suplementarias para sus clases aun en los días de fiesta, con las consiguientes molestias para profesores y alumnos, pedía remedio, diciéndole: «Y es bien que los maestros entiendan que ni es de fruto ni de importancia quererlo leer todo, difícil o claro, necesario o no necesario, tan largo y prolixo lo uno como otro.» ¡Maravilloso documento de sano realismo!

Otro punto de consideración en el destino de Suárez en Segovia es su designación como director espiritual de la juventud. Confiar aquellas conciencias a un joven sacerdote de veinticinco años era declarar que en él se reconocía toda la virtud y toda la prudencia que de ordinario no se adquieren sino con la edad. Tenía, pues, en sus manos la manera de hacer de aquellos jóvenes, llenos de ilusiones y de excelentes cualidades, unos sabios y unos santos. Hízolo a gusto de todos, según podemos deducir de los testimonios dados por ellos. A su virtud y a su ciencia añádase su prudencia, dominio de sí mismo y equilibrio, mostrándose, en medio de las disputas de las clases y de las vicisitudes de la comunidad, modesto y cortés. Formó tan perfectamente desde joven el hábito de esta urbanidad religiosa y delicadeza de proceder, que siempre se conservó fiel a ella, y de ella dió admirables ejemplos, aun más adelante, cuando la edad y sus prósperos sucesos pudieran haberle hecho más sensible a las faltas ajenas.

Es de ahora la decisión de Suárez de dedicarse exclusivamente a la enseñanza y los oficios a ella anejos. Ello dará unidad a su vida. El mismo, explicando a otros el porqué de sus éxitos docentes, escribirá: «Que había en la Compañía muchos maestros de más aventajado ingenio y prendas que las suyas para servir a la Iglesia y honrar la religión con sus estudios y libros; pero que muchos no acababan de reconocer su talento, ni la reducían o persuadían a ocuparse o ejercitar aquel solo en que la gracia y la naturaleza más les hicieron; sino que, como hombres enfastiados, que quieren picar y probar de todo, buscan varias ocupaciones para entretener el tiempo y el gusto; y así, divertidos a muchas cosas, no pueden ser tan eminentes en aquella para la cual les dió más caudal nuestro Señor» (1).

Sapientísimo consejo que él puso en práctica, favorecido por las circunstancias y, sobre todo, por sus superiores dotes, respecto de las cuales ni él ni los demás podían equivocarse (2).

Pronto se levantó la contradicción, que ha de ser el matiz de toda la

(1) DESCAMPS, parte 2, c. 2; SAROLO, libro 11, c. 2.

(2) También fué el Maestro un prodigio de fecundidad en el campo de la publicación. Esta fecundidad se ha de atribuir a la unidad de vida, cuya inalterable constancia está demostrada a lo largo de toda su vida. «En lo interior de aquella pacífica España, apartados de las contiendas religiosas que en otras partes dispersaban y consumían las fuerzas de sus hermanos, aquellos doctores que crecían y envejecían en su celda y en su cátedra, en medio de libros compuestos y libros que se habían de escribir, no tenían otra solicitud ni ocupación que la ciencia, cuyos cultivadores desinteresados se habían hecho. No concluían ordinariamente sino con la muerte, y habían comenzado desde la primera mocedad. Para no mencionar sino el nuestro y unos pocos de sus ilustres coetáneos, Suárez enseñaba Filosofía antes de los veintitrés años; Toledo, a los veintitrés; Lesio, a los veinte; Valencia, a los veintiuno, y Vázquez, Teología, antes de los veinticinco. Grandes e inapreciables utilidades se seguían de aquí para tales maestros: su vida de trabajo serio y personal ganaba con ser más larga; este alargarla desde sus principios era propio para hacerla toda ella más fecunda, porque así comprendía la etapa entera de veinte a treinta años de edad, que es la del crecimiento normal y definitivo de los talentos» (SCORRAILLE, t. 2, l. VI, págs. 423-424).

vida de Suárez: en su trabajo encontrará desdichas, acarreadas por quienes venían en él defectos o una oposición sistemática a la tradición pedagógica. Ahora, el joven profesor trata de evitar los defectos de la enseñanza universitaria, que ya hemos señalado. Algunos hombres, acostumbrados a la enseñanza tradicional en doctrina y metodología, le acusaron de enseñar doctrinas que antes no se habían enseñado; que suscitaba cuestiones nuevas; que daba soluciones en que aún no se había pensado, y que a las veces se apartaba de opiniones harto admitidas para entonces y transmitidas de profesores a profesores. ¡La rutina se lamentaba porque un nuevo ingenio como profesor, investigador y educador echaba por la borda, con solemne gesto, muchas cosas ya pretéritas e inútiles, si no nocivas!

No fué fácil para Suárez el liberarse de esta acusación, porque los viejos consultores y antiguos profesores remachaban el clavo. Pero cuando tuvo que explicarse delante de sus superiores, lo hizo de manera tan brillante, cabal y razonable, que todo el tinglado cayó al suelo, al menos por el momento. Los informes oficiales enviados a Roma al acabar su segundo año de profesorado advierten: «Ha leído un curso con muy buen progreso.» Sus discípulos y dirigidos estaban unánimes en elogiar al Maestro que trataba de formarlos filósofos aprovechados y fervientes religiosos. Los jóvenes, amantes de la innovación, inquietos por naturaleza, fieles catadores de lo «añejo e inútil» y de lo realmente «nuevo y útil», se adherían públicamente (y a veces ruidosamente) al nuevo gran Maestro. Suárez lo será durante toda su vida y después de muerto, hasta nuestros días.

Terminado el trienio en Segovia, recibió orden de encaminarse a Valladolid, en 1574, para enseñar Teología; para regentar más plenamente, su cátedra le dieron un año de preparación, en el cual únicamente había de ser Prefecto de los escolares, con cargo de presidir, en calidad de Pasante, sus ejercicios y de darles las clases suplementarias. Al acabar este año enseñó Teología sucesivamente en Segovia, Avila, Valladolid, durante cuatro años, siendo igualmente director espiritual de la juventud y consultor de la Casa.

En 1579 se levanta más vigorosa la contradicción contra el Maestro indiscutible, que seguía polarizando a la juventud en torno a su persona y a su doctrina. Llegan a Roma quejas y exposiciones de que en la Provincia se forman dos bandos: uno, el tradicional; otro, que traía «opiniones nuevas y peregrinas en el ejercicio de las letras y artes, especialmente la Teología». Se le advirtió al Visitador, P. Diego de Avellaneda, hombre de gran fama y virtud, que en el Colegio de Salamanca «estaba el seminario de estas opiniones peregrinas» y que Suárez era la persona principal del movimiento, cuya base era el abandono de Santo Tomás o cierto desprecio de su doctrina y desprestigio de su autoridad secular.

El Visitador recibió de Suárez amplias informaciones sobre su manera de ser, y aunque envió a Roma un informe en que se pedía se aconsejase

al catedrático seguir con más docilidad y precisión al Aquinate, el General se limitó a citar la norma jesuítica sobre el particular. La acusación de que Suárez no seguía a Santo Tomás era pueril, según afirma el rector Juan de Atienza. De todos modos, el acusado envía a Roma sus apuntes de clase con dos cartas explicativas. Primeramente se defiende con sus apuntes, donde están «mis sentencias y el fundamento dellas». Y continúa: «El segundo punto es que aunque se pueden imaginar muchas ocasiones que puede haber habido para poner en mí esta nota, una principal es el modo de leer (enseñar) que yo tengo, que es diferente de lo que los más usan por acá; porque hay costumbre de leer por cartapacios, leyendo las cosas más por tradición de unos a otros que por mirallas hondamente y sacallas de sus fuentes, que son la autoridad sacra y la humana, y la razón, cada cosa en su grado. Yo he procurado salir deste camino y mirar las cosas más de raíz, de lo cual hace que ordinariamente parece llevan mis cosas algo de novedad, quier en la traza, quier en el modo de aclarallas, quier en las razones, quier en las soluciones de dificultades, quier en levantar algunas dudas que otros no tratan de propósito, quier en otras cosas que siempre se ofrecen; y de aquí pienso que resulta que aunque las verdades que se leen no sean nuevas, se hagan nuevas por el modo o porque salen algo de la vereda de los cartapacios.» De todos modos, insiste en que se examinen sus papeles: si hay razón en las acusaciones, se corregirá en lo conveniente; si no, ruega se le deje en paz, «porque no es razón que costándome el trabajo que me cuesta, que es mucho, y deseando yo hacerlo lo más a contento de todos que pueda, lo haga con zozobras y desasosiegos, y con nota en cosa tan delicada como es la doctrina; que, ultra de otros inconvenientes, ninguna cosa hay que tanto la desautorice como esto».

Con estos documentos a la vista, podemos valuar en lo que merecen las quejas que se habían levantado contra el Maestro. Ante todas cosas, la novedad de su enseñanza no era más que su mismo valor. Por enseñar mejor que otros, parecía enseñar de diverso modo, y porque, saliendo de la mera costumbre, acertaba a seguir otro camino mejor, se le tachaba de extraviarse, apartándose de los que no salían del camino común. De ellos se apartaba en efecto, pero para andar más de prisa y adelantar más. Amaba y seguía a Santo Tomás; pero lo que de él amaba era la doctrina, no sólo el nombre; quería el contenido del vaso precioso, no el mero rótulo. De ahí procedía el disgusto que a veces manifestó cuando algún adversario, en vez de emplear por armas los principios y argumentos del gran doctor bien entendido, se atrincheraba cómodamente tras del «magister dixit» como en lugar inviolable de refugio.

Las lecciones manuscritas fueron examinadas y aprobadas. Más aún, como resultado inmediato de este examen, el autor fué llamado en 1590 a enseñar Teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Cierta día estuvo Gregorio XII oyendo las explicaciones magistrales del jesuíta español. A

los cinco años enfermó y tuvo que volver a España, a la cátedra del Colegio de Alcalá, donde llegó precedido por la fama.

Ahora, empero, había llegado el momento de sustentarla, lo que muchas veces es más difícil que adquirirla. Para ello le bastó mostrarse tal como era, profundo, erudito y metódico. Su enseñanza fué presto estimada y buscadas con avidez las lecciones. Se transcribían, se enviaban a otras Universidades de dentro y de fuera de España, donde daban a conocer al catedrático complutense. No tenía, es verdad, muchos alumnos asiduos a sus clases. La razón de esto se dice así: «Siendo el Maestro señalado, ha causado esto mucha admiración. Piensan algunos que sea la causa, como le han visto imprimir, entienden que mañana tendrán impreso lo que ahora habían de escribir con mucho trabajo suyo. También dice que la Casa es muy incómoda y expuesta a catarros, aunque siempre ha sido la misma que ahora. También el retiramiento del Maestro con los de dentro y fuera es muy grande, y faltando la comunicación, se pierde la amistad.» Era verdad: la necesidad de atender a su quebrantada salud, su índole meditativa y el extraordinario trabajo que se imponía hacían que tuviese vida algo alejada de las personas.

Conocida era por todos, empero, la solicitud de Suárez por dar doctrina exquisitamente elaborada, por el adelantamiento de los alumnos en sus estudios; vivía menos con ellos para vivir más para ellos. Muchas veces intervino cerca del P. General en favor de sus discípulos. Así solicitaba y lograba que se hiciese fácil la copia de sus lecciones; vindicaba la reputación de un Hermano oscurecida con ciertas quejas exageradas; pedía buenos superiores para aquellos jóvenes religiosos, y demandaba la fundación de otras casas de estudio. Todo cuanto podía promover la buena educación espiritual y científica de sus alumnos lo estimaba y procuraba con ahinco. Recibió asimismo la recompensa de sus afanes viendo salir de sus aulas multitud de jóvenes de gran nota, que fueron extendiendo la fama de su santidad y de su saber y sabiduría, de suerte que en cierta ocasión dijo: «los Hermanos de Alcalá le habían hecho docto».

La misma reputación era harto pequeña y limitada, si se compara con la que presto iba a adquirir y que adquirió él solo y sin tener a quién atribuírsela.

Después de veinticinco años de estudio y enseñanza, todavía no había publicado nada. Es cierto que estando en Roma se pretendió hacer una edición de sus cursos, sin saberlo el autor; pero no se llevó a cabo tal intento. Mas ahora, en Alcalá, es el mismo Suárez el que se pone a preparar los manuscritos para la imprenta. Y es el tratado de la *Encarnación del Verbo*, comentario a la *Suma de Santo Tomás*, y es la primera de las 23 grandes obras teológicas o filosóficas de Suárez. Fué recibida con unánime regocijo, aunque hubo quien acusara alguna sentencia, opinable por demás, y llevara el asunto, a través de la Nunciatura madrileña, a Roma.

Por petición propia sale de Alcalá, alegando cansancio en el trabajo de las clases, sus muchos achaques y las molestias que experimentaba por cuestiones doctrinales, y más todavía de personas, que habían hecho nacer cierto malestar dentro de la Casa. El General le dió libertad para escoger la comunidad que le pluguiera, y escogió Salamanca; retirado de la cátedra, suplió en un curso al titular de Teología (1593-1597).

Durante estos años de Alcalá volvió a aparecer la enemiga de algunos contra la doctrina y el método del ilustre catedrático y publicista. A raíz de la publicación de su primer libro se le acusó ante la Inquisición de Castilla (1593). El P. Enrique Enríquez, profesor asimismo de Teología, antiguo Maestro de Suárez y ahora rival, en un acceso de envidia y de soberbia, llevó ante el alto Tribunal el asunto de los llamados «xuaristas»: «En mis libros tengo cuidado de no dejar de avisar las proposiciones que leo en otros libros dignas de corrección, y más en los libros del P. Francisco Xuárez, lector del Colegio de Alcalá, discípulo mío, porque encierran muchas cosas a mi parecer dignas de borrarse y de sospechosa doctrina, y porque en la Compañía le siguen las novedades que traen, y los llaman *los xuaristas*.» Importaba, pues, agregaba él, quitarle la autoridad de que gozaba.

Los admiradores del genial profesor llevaban a todas partes el nombre de su Maestro, y cuando, a su vez, fueron encargados de enseñar, lo hicieron conforme a la doctrina y al método del Maestro. Si a los viejos doctores les molestaba la actitud de la juventud que se polarizaba en sentido de lo nuevo, no pudieron aguantar que lo nuevo ascendiese a la cátedra. En 1597 regentaban cátedras de Teología en el Colegio universitario de Salamanca dos discípulos de Suárez, los PP. Cristóbal de los Còbos y Juan de Cartagena, depuestos bruscamente de sus cátedras, pretextando se apartaban de la doctrina de Santo Tomás. Ese mismo año, y cuando se había realizado el entuerto, desde Roma recibieron ambos cartas del General animándoles con ánimo paternal a continuar en su doctrina y tarea.

No consintió Suárez que la fama de estos dos discípulos suyos tuviese menoscabo, y el 16 de noviembre del mismo año escribió a Roma exponiendo todos los aspectos del asunto. Le desagradó la manera cómo se les ha despojado de sus cátedras, lo cual, en una Universidad como la de Salamanca, era en desprestigio de los dos sujetos extraordinarios y de la misma Orden. Aclara que la razón no es que se retiren más o menos de la doctrina de Santo Tomás, lo cual, además de ser inexacto, es en la presente ocasión sólo un pretexto que encubre la actuación de los acusadores.

Y añade: «Lo que yo puedo también certificar a V. P. es que el P. Cartagena (copiamos la carta de Suárez que trata de este Padre) es muy aficionado a mis trabajos y a mi modo de discurrir en Filosofía y en Teología; y el lenguaje de algunos de aquella Provincia es desacreditar no sólo a él, sino a todos los que muestran este afecto y siguen esta vereda,

con decir dellos que son aversos y contrarios a Santo Tomás, y algunas veces les llaman suaristas, como si fuese inventor de nueva escuela, o profesase oponerme o hacer bando contra nadie. Pero lo que a mí toca yo ha días lo tengo remitido a la providencia de nuestro Señor, que sabe mi corazón y mi deseo, el cual procurará siempre mostrar por las obras, las cuales han de dar testimonio de la verdad; y así nunca pensé escribir ni hablar palabra en mi defensa. La del P. Cartagena es la que ahora deseo. Porque si esta afición que él tiene a mis cosas es inconveniente para emplearle en letras, sin duda la tiene; pero si no lo es, sin duda es apto instrumento para ellas y hombre de muy buenas esperanzas... Y para mí fuera también gran consuelo que, pues ha padecido por mi ocasión, sea yo alguna parte en que V. P. le haga alguna caridad.»

El pasaje es instructivo; muestra que ya en vida de Suárez, como harto se ha visto también después, sus adversarios le convertían en cabeza de escuela, y de escuela que a pura fuerza querían fuese contraria a Santo Tomás. Esta rivalidad existió entre Suárez y la oposición, presentada por uno u otro catedrático. En sustancia, es menester ver en ello un episodio de la lucha, ya muchas veces notada, entre ánimos igualmente sinceros, pero adheridos los unos a su enseñanza tradicional, y aun a los defectos de ella, y los otros empleados prudentemente en hacer brotar de la tradición un adelanto necesario.

Suárez no tomaba parte directa en este asunto; seguía su tarea de formar nuevos teólogos y filósofos, de formar varones muy religiosos que, juntando espíritu con inteligencia, letras con virtud, fuesen honor de la Iglesia y de España.

En 1597 fué nombrado por Felipe II catedrático de Prima de Teología en la Universidad de Coimbra. Entramos en el segundo período de su vida; aquí será profesor hasta 1615, en que se jubila, aunque permanece en ella y sigue su actividad de escritor y teólogo consultor hasta 1617, año de su muerte.

Enseña, escribe, publica, es consultado por teólogos, reyes y pontífices; es el máximo exponente de la doctrina teológica y brilla como estrella de primera magnitud por su doctrina y sus virtudes. Un historiador de la Universidad no teme decir que el haber enseñado en ella Suárez la hace brillar en la historia con un esplendor sin par. Admirábase en él la riqueza, solidez y amplitud de su doctrina, la fecundidad de su ingenio, que con abundante erudición exponía las más arduas cuestiones, ocupando siempre todo el tiempo de clase, que era de hora y media, sin dudar un punto, sin ayudarse de escrito ni de apunte, como si estuviera leyendo en un libro invisible para los demás. Sin aparato, sin ostentación, daba a su doctrina el aliciente de su propio valor. Hablaba con estilo natural, con expedición y modestia, sin curarse de artificios oratorios, y justamente por eso gustaba y cautivaba. Los mismos maestros gustaban de asistir a sus lecciones,

atraídos por su noble expresión como por la profundidad y originalidad de una doctrina enteramente personal. Afluían los alumnos, nobles y religiosos; mirábase como honra tenerle por Maestro. Era venerado y atendido por todos como Maestro.

Véase, pues, alrededor del profesor aquel concurso, muy frecuente en las antiguas Universidades, aunque muy raro hoy, de jóvenes seculares, clérigos, religiosos, de todas las clases sociales y de todos los trajes, manteniendo, aun por su solo número, el ánimo a las facultades del Maestro, y excitándose mutuamente al estudio con el ejemplo, las amistades y hasta las rivalidades. Pero para eso era menester una doctrina que no diese asidero a la crítica ni al menosprecio, que correspondiese a la expectación de aquella juventud importuna, difícil de contentar y pronta a mostrar ruidosamente su malhumor cuando no se sentía satisfecha. Suárez no estaba expuesto a estos disgustos. «Pendiendo de su boca y lengua gran número de estudiantes (que no sólo de aquel reino de Portugal, sino de otros venían a ser sus discípulos), le oían con tanta quietud y silencio, modestia y compostura, que jamás le patearon ni hicieron o movieron el menor ruido, bien contra la inclinación e inquietud natural de la juventud, y costumbre tan usada y recibida de ésta (si así puede llamarse tal abuso licencioso) en todas las Universidades con los maestros.»

Honda satisfacción producía esta actitud del catedrático en la comunidad y, sobre todo, en los jóvenes, que le acechaban con veneración y se lo proponían como meta a alcanzar en propio beneficio.

Sus obras, también las nuevas, iban recibiendo el aplauso universal, si bien alguna fué atacada con tal violencia que el autor tuvo que marchar a Roma, de donde volvió cargado de laureles.

La doctrina de Suárez ha sido aceptada inmediatamente por la Compañía y fuera de ella, en las Universidades y cursos de Teología y Filosofía, y aun entre los mismos protestantes. Esa doctrina le valió el título de *Doctor eximio*.

Los caracteres principales de su ingenio son universalidad y fecundidad; talento de penetración y comprensión, de análisis y síntesis; ortodoxia y sensatez de juicio.

El secreto de su magisterio está en su sentido humanista de la vida y de la educación tanto como en su talento excepcional. Así supo adaptar la ciencia heredada de la Edad Media al mundo moderno que alboreaba en el Renacimiento. Y, además, logró adaptarse socialmente a los discípulos gracias a su profunda comprensión de los valores humanos.

En el fondo de su doctrina y de su conducta pedagógica está el que miraba la educación como «opus insignis charitatis». La caridad, unida al talento, le hacía amar y apreciar a los discípulos. Esta doble cualidad era irradiación de optimismo e interés por la doctrina. Aun en los años de Coimbra, cuando se hallaba en la cumbre de la fama, ponía el mayor

empeño en atender a las consultas particulares de sus alumnos. Si recelaba que algún discípulo suyo había salido contrariado de la consulta, le llamaba de nuevo a su habitación, procurando disipar toda desazón o duda, hasta dejarle completamente satisfecho. Cualidad rara en todo tiempo, pero más aún en un profesor escolástico formado con cánones medievales.

La escolástica medieval era, en efecto, una ciencia impersonal, como cosa hecha que se había de asimilar sin más con un método dialéctico y preciso, toda objetividad y nervio, sin margen al cultivo de las cualidades personales; un método, en fin, que concebía la ciencia como una batalla entre la verdad y el error. Suárez supo incorporar a la escolástica métodos de introspección profundamente humanos, gracias tal vez, en parte, a la escuela de espiritualidad ignaciana, donde tiene capital importancia el examen de los movimientos del alma y de sus diversos estados.

Nada más propio que la combinación de la escolástica con estos procedimientos introspectivos y mayéuticos para que el alumno se sintiera estimulado. El resultado fué que los discípulos de Suárez se veían comprendidos por el profesor, que se imponía a ellos con la mayor naturalidad y llaneza por el gran aprecio que de ellos tenía.

Motivo de admiración para los discípulos era la prontitud con que acogía las advertencias que le hacían por parte de ellos y aun las correcciones que se le sugerían, cuando no eran disparatadas. La ciencia no tenía para él el sentido agonal del medievo, sino un sentido formativo, donde no sólo los discípulos, sino también el profesor se hallaba ante misterios insondables. En las discusiones escolares nunca se le vió humillar ni a discípulos ni a rivales, cuyas faltas disimulaba cortés y sabiamente, encauzando siempre la discusión hacia el esclarecimiento de la verdad. Los hechos memorables que a propósito de esto le ocurrieron, suelen narrar sus biógrafos como reflejo de su santidad extraordinaria. Pero se podía referir con igual derecho en el capítulo de su pedagogía como de profesor que con su talento y cortesía se adelanta varias centurias al siglo en que vivió.

La superioridad de su talento era acogedora y sencilla, cortés y caballerosa, sacrificada y humilde, y no menos comprensiva de los hombres con quienes trataba que de las cuestiones debatidas entre ellos. Como hemos indicado, la cortesía de Suárez formaba rudo contraste con la pedagogía eurística, estudiadadamente altanera, que el profesor empleaba para abatir la arrogancia juvenil.

El cartulario de la Sorbona contiene una disposición de 5 de junio de 1366, en la que se prescribe que los estudiantes se sienten en la tierra delante de sus maestros, no en escaños o asientos elevados sobre la tierra, como en los tiempos en que más florecía el estudio en dicha facultad, para evitar la ocasión de soberbia.

En Salamanca, los bancos, aunque sin respaldo y sin mesas, de que disponían parte de los oyentes, suponían cierto avance en la consideración

hacia los escolares universitarios. Suárez, por su propio temperamento y educación, y siguiendo el espíritu pedagógico de la Compañía, adoptó cánones todavía más humanos. En su clase, el interés por la ciencia sustituía con creces las ventajas de otros recursos, como la sobrecarga de materias, la sutil y abstrusa complicación progresiva de las asignaturas, la especialización excesiva y el rigor de la función examinadora, y otros recursos que daban a la enseñanza una superestructura tan guerrera como anti-pedagógica.

Ya por aquellos años, los estudiantes, apoyados por una generación de profesores más competentes y humanos, habían conseguido en Salamanca y en Alcalá el que se les permitiese tomar apuntes en las aulas; Suárez no se contentó con esta mejora. La queja de que los estudiantes perdían la salud con el trabajo continuo de los dictados era general en los colegios jesuíticos de España. Para obviar este inconveniente y proporcionar a los escolares una lectura fiel y cómoda de sus lecciones, Suárez se propuso publicar los cursos que explicó.

Procuró copiar en sí las normas pedagógicas de Cristo, el Maestro principal de toda formación verdadera, en la que el educador ejerce solamente una función secundaria e instrumental. La eficacia pedagógica del magisterio suareciano creció en proporción directa con su humildad y sencillez. Cuando se le obligó a doctorarse en Évora para ocupar contra su voluntad la cátedra de Prima en Coimbra, escogió como tema de su disertación las palabras de Job: «Quae prius nolebat tengere anima mea, nunc prae angustia cibi mei sunt.»

#### SUÁREZ, TEÓRICO DE LA PEDAGOGÍA

De antiguo venía el deseo de los superiores de dar normas generales a los estudios de la Compañía. La Cuarta Congregación general ordenó se iniciase el trabajo para redactarlas, nombrando doce Padres, entre los cuales cinco españoles, a saber: Juan Maldonado, Gil González, Diego de Acosta, Alfonso Deza y Francisco Ribera. Nada se sabe de lo que pudo hacer esta comisión, si es que hizo algo. A fines de 1583 se nombró otra comisión que trabajase intensivamente en la redacción del documento, escogiendo para ello seis Padres pertenecientes a las seis provincias jesuíticas. Por España fué designado el P. Juan Azor. Pusiéronse a su empeño, y en pocos meses acabaron la tarea, que fué entregada por el General para su revisión a los principales profesores de la Universidad Gregoriana, tres italianos, entre ellos el P. Roberto Belarmino, más tarde Obispo de Capua y Cardenal de Roma, hoy santo y doctor de la Iglesia, y tres españoles: Pedro Parra, director de estudios; Benito Pereira, profesor de Retórica, y Francisco Suárez, profesor de Teología.

Entonces (1586) se imprimió por primera vez la *Ratio studiorum*, en

pocos ejemplares, para repartirlos a las provincias con el objeto no de que se pusiese en práctica, sino de que fuese examinada por los Padres más capacitados. En Alcalá de Henares fueron nombrados varios profesores, uno de ellos el P. Suárez, que estaba en aquel Colegio desde 1585.

La *Ratio* de 1586 comprende dos partes: la primera, doctrinal, pone primeramente las reglas de dirección sobre la ortodoxia de las opiniones, y luego dos Catálogos de proposiciones, unas prohibitivas y otras impuestas; la segunda parte, enteramente práctica, trazaba la organización de los estudios y los métodos de enseñanza. Las observaciones de Suárez, juntamente con los Padres de las diversas comisiones a las que sucesivamente perteneció, se refieren a estos puntos principales: supresión de los Catálogos de proposiciones, restablecimiento de la Sagrada Escritura en el lugar de honor que le corresponde, duración de los estudios de Teología, método de explicación en cátedra: dictado o exposición corriente; que todos los jesuitas deben ser aplicados a enseñar, etc. No hemos de entrar en el examen interno de este documento, famoso mundialmente. Ni siquiera explicaré los puntos sobre los que Suárez hizo alguna advertencia; las principales fueron: extensión de los estudios de Teología; necesidad de desenvolver los ingenios por el propio trabajo, y la iniciativa en la investigación y el afán de ampliar los conocimientos adquiridos en clase; preparación próxima y remota de los futuros profesores por medio de la institución de unos años de experiencia docente y educativa en los Colegios, después de acabados los estudios de Filosofía.

La *Ratio studiorum* ha sufrido diversos embates cuanto a su aspecto pedagógico, metodológico, etc., siendo el más agudo el de que es retrógrada.

Oficialmente, la *Ratio* encauza el escolasticismo jesuítico. Este, nacido del espíritu ignaciano, es una parcela dentro de las vastísimas fronteras de la escolástica. Tampoco los escolásticos de la Compañía son iguales, y Suárez representa una corriente dentro de la más destacada y la más próxima a la mente que presidió la redacción de la *Ratio*. Por eso, los reproches que se han hecho a una, se hacen a Suárez. Si la escolástica (y, complejivamente, la *Ratio*) es un movimiento culturalmente retrógrado y estacionario, por emplear métodos autoritarios y deshumanizados, Suárez será un educador estacionario y científicamente atrasado.

Un examen rápido de la *Ratio* dice lo contrario. Ella introdujo elementos esencialmente progresivos, tomados del Fundador, que estableció una división marcada entre la Teología dogmática, inmutable en lo esencial, y la Teología positiva, donde el progreso es teóricamente ilimitado. Suárez cultivó ambos métodos con una amplitud extraordinaria. Y aunque no es el primer teólogo que introdujo la prueba patristica en la Teología, sí descolló como nadie en el empleo de este método a lo largo de todas las disciplinas teológicas. Su obra puede considerarse como una monumental historia del dogma católico, de la moral y de la filosofía.

Ya por este capítulo hay que afirmar que Suárez amplió los horizontes de la ciencia cristiana, preparando inmensos campos para su progreso. Pero, además, introdujo, tanto en la Filosofía como en la Teología, el método experimental de introspección, rasgo característico de la espiritualidad ignaciana. Precisamente por este cultivo del análisis sufrieron tantos ataques San Ignacio, por las novedades de su espiritualidad, y Suárez, por las innovaciones de su ciencia, si se puede llamar innovación a un método que tiene precursores tan destacados como un San Agustín, entre los cristianos, y un Séneca, entre los filósofos antiguos. De todas maneras, es cierto que con su realismo científico, su penetrante análisis del interior humano, su talento hermenéutico y el amor noble a los discípulos no podía saciar la sed de saber en las aguas estancadas de una ciencia estacionaria. En su tiempo se acusó repetidas veces a Suárez de innovador, como lo hemos demostrado anteriormente.

Demás de estas acusaciones, se quiere ver en la *Ratio* y en Suárez un autoritarismo. La *Ratio* llevaría esta mácula al campo pedagógico, y Suárez lo introdujo en los estudios sagrados. Y aun se le ha tachado últimamente de teorías voluntaristas consistentes en imponer despóticamente al mundo las doctrinas por él preferidas. La realidad es muy distinta. Suárez, en los anteproyectos de la *Ratio*, se opuso a la imposición de listas obligatorias o prohibitivas en la Compañía. Entre otros motivos, porque ello quitaba el debido prestigio a la autoridad *doctrinal* de Santo Tomás.

Otro reproche serio, sin duda, que se imputa a la Escolástica es la deshumanización de la ciencia. Ella ha transformado el pensamiento cristiano, que es camino, verdad y vida, en un trazado de conceptos muertos, áridos, infecundos. Desde el punto de vista artístico, los humanistas ampliaron el ataque, acusando a la Escolástica de haber ahogado la vida de la cultura antigua, despojándola de la elegancia soberana y sustituyéndola por una incomprensión absoluta de cuanto significa belleza y vivacidad en el pensar y en el hablar. La acusación es grave e injusta. No basta la existencia de escolásticos deshumanizados para lanzar semejante reproche a toda la escuela. Es indudable que también a la *Ratio* le falta, por lo menos aparentemente, un impulso creador de cultura artística. Mas entonces había razones sobradas para poner en guardia a la sociedad contra las ideas del Renacimiento, que eran rampa por donde los pueblos resbalaban insensiblemente hacia la irreligión. La *Ratio* tenía que evitar esa catástrofe, y no precisamente transformar el signo de la cultura.

Ahora que el humanismo y la Reforma han dado sus amargos frutos, podemos y debemos examinar el problema pedagógico desde el punto de vista más elevado. Para ello puede ser de interés conocer las ideas pedagógicas suarecianas.

La obra pedagógica de Suárez tiene aún nuevos e insospechados horizontes que habrán de estudiarse algún día. Por el momento, sólo nos referimos brevemente a ella, en mor a la brevedad de estas páginas.

San Ignacio fundó una Orden que se dedicaba especialmente a la enseñanza y a la educación de la niñez y juventud. Era una novedad profunda en la cultura occidental. Radical, fecundísima. Muchos se alzaron contra esta novedad, los unos por ingenua bobaliconería, los otros por premeditada fobia. El Fundador, que daba a sus hijos una vocación, legisló sobre el particular. Puso en las *Constituciones* de la Orden los fundamentos de la obra pedagógica, en la parte IV, que le está del todo reservada. Trazó como buen arquitecto las líneas principales de la organización de las Universidades y de los colegios, las del humanismo cristiano, las del método de enseñanza, las de los ejercicios útiles para la formación intelectual y, por fin, las de los métodos pedagógicos favorables para el trabajo. Allí se encuentran los primeros gérmenes de todos los principios de la *Ratio studiorum*. Luego inspiró a sus hijos su fe y su confianza en la obra inmensa que emprendía. Desde entonces, la Compañía pensó que la educación era, por decirlo así, topoderosa para cristianizar profundamente al género humano.

Suárez estaba persuadido de ello: «Nadie, si no es un insensato, puede poner en duda que este ministerio es óptimo y utilísimo a la juventud; más todavía, necesario en sumo grado a la sociedad.» Porque, «en primer lugar, este ministerio es tan útil en sí y tan necesario a la Iglesia, que no debe dejarse, aunque parezca que impide otros que en alguna manera son mayores. Pues aunque formalmente (por decirlo así) parece pequeño, es en su virtud muy grande, porque dependen de él, en gran parte, las costumbres de la Iglesia y las ciencias superiores; de tal manera, que bien podemos aplicarle lo del grano de mostaza, que siendo mínimo en tamaño, es grande en su fuerza o virtud» (3).

Sabido es que Suárez dedicó los tomos III y IV de su día sobre las virtudes teologales a la *Virtud y al estado de la religión*. El tomo IV trata de varias Ordenes, pero especialmente de la Compañía de Jesús, a la cual se dedican 660 de sus 1.164 páginas. Lo escribió para cumplir la orden dada por el General Aquaviva de que hiciese, por medio de la exposición de lo que es el Instituto, una apología de la Compañía para los que no la conocían y una defensa para los que la calumniaban. El libro tiene gran autoridad por la firma de su autor, por el examen que de él se hizo y por la especial aprobación que mereció de la más alta jerarquía jesuítica.

En este libro comenta toda la legislación pedagógica contenida principalmente en las *Constituciones*, *Ejercicios Espirituales* y la *Ratio*, tocando ampliamente puntos muy técnicos, como la selección y formación de los jóvenes jesuítas; su preparación para la cátedra, la predicación, la publicación; la duración de los estudios y la metodología de éstos. También estudia la conveniencia de que la Compañía regente Estudios públicos y Universidades para la formación de los hombres que necesita la sociedad.

---

(3) *Del Instituto de la Compañía de Jesús*, I, 5, cap. 9.

Pasando a temas más generales, ensalza la enseñanza y educación de la niñez y de la juventud; expone los elementos educativos y docentes con que cuenta la Compañía; la competencia de los profesores; el método y orden de la enseñanza; los premios y castigos; las lecturas de los clásicos y la selección de las mismas; la finalidad de los estudios de las letras y de las artes; la remuneración de la enseñanza; la superioridad de las religiones para la formación moral de la juventud; también las prefiere para la cultural, etc. (4).

### LA EDUCACIÓN, COMO MILICIA

\* La clave de toda la obra de Suárez está en su entusiasmo por la enseñanza y educación como fenómeno humano, constructivo, fundamental y necesario.

Siempre la Iglesia ha fomentado los estudios, y de una manera más directa después que algunas Ordenes religiosas participan de una delegación suya. La Compañía dedica en forma permanente sus religiosos a ejercer esta función pública de la Iglesia, y lo hace con la pureza de los ideales evangélicos en su forma más sublime y perfecta. Es una Orden que se dedica a la enseñanza para la defensa y propagación de la Iglesia, lo mismo que las Ordenes militares se dedicaron a las armas para defender con ellas a la Cristiandad.

Dice textualmente: «Para defender la Iglesia mediante una milicia corporal se puede fundar una religión; luego mucho más para defenderla por sus armas propias, que son más las espirituales que las corporales, y en gran parte consiste en la doctrina. A este argumento añadimos por nuestra parte que a una religión militar no sólo pertenece el que sus religiosos militen como personas privadas, sino que levanten el ejército, lo organicen y lo dirijan en su género de milicia. También pertenece esto mismo en su proporción a una religión que es espiritualmente militar, por decirlo así. Para este fin se instituyen estas Universidades de la Compañía, en las que por la misma doctrina general se hace guerra pública al demonio y se forman capitanes y caudillos que en otros lugares, por varios modos, puedan guerrear contra él. Del mismo modo se puede decir que se puede fundar una religión para curar enfermos no sólo por la acción privada de los individuos, por decirlo así, sino exigiendo un hospital público y asumiendo todo sus cuidados y solicitud. Otro tanto puede apli-

(4) En otros libros trató ampliamente y con sentido muy «actual» de los derechos de la familia sobre el niño, su educación, etc. Véanse: *Les droits de la famille d'après Suárez et ses contemporains*, por G. NEYRON, S. J., en «Nouvelle Revue Apologétique» (1939), págs. 389-405. Y en *Das Elternrecht in der katholisch-theologischen Auseinandersetzung*, por J. SCHÖTELLER, S. J. (Munich, 1936), págs. 126-130, 283-291. Véanse, además, los autores citados: SCORRAILLE, DESCAMPS y SARTOLO.

carse en su medida a otras obras de misericordia. ¿Por qué no ha de valer lo mismo, y mucho más, para esta suerte de misericordia espiritual?» (5).

Con este precioso párrafo suareciano doy por terminado este estudio, no la materia.

Queda demostrado que Suárez es un elemento de primera calidad en el campo de la Pedagogía y que merecería un detenido estudio que expusiera su pensamiento y su método, su trabajo y sus publicaciones, su persona y su ejemplo. Fué, en el campo que Dios le asignó, un hombre cuya sola existencia y quehacer constituían un insigne modelo de humanismo.

DR. A. GARMENDÍA DE OTAOLA, S. I.  
Director del Instituto de Selección Escolar  
de Vizcaya. Bilbao.

---

(5) *Del Instituto de la Compañía de Jesús*, t. 5, cap. 4, § 8.